

ECO DEL SEGURA desea á sus abonados felices entrada, salida de año y Pascuas de Reyes.

Reflexiones

En estos tiempos de desquiciamiento general; en estos días de subordinación y de immoralidades; en estos tiempos de libertad mal entendida, de progreso, mal llamado así, y de civilización atrasadísima; en estos tiempos, en fin, en los que la Ley es un mito, la justicia una *farándula que pasa* y la conciencia una manera de pensar acomodaticia y manejable, se pretende entonar himnos á la Libertad, estando sumidos en la más espantable y abyecta esclavitud; se sueña con haber escalado las cumbres del saber, y se viven y respiran corrompidas auras de ignorancia supina; se glorían los hombres de haber dominado al espacio, de poder hender las etéreas capas del infinito impalpable, de poseer las condiciones de las ligeras aves, y cuando más, el hombre siente, piensa, cree y sueña de este modo, más y más ahorrado se halla al suelo, más esclavo está de su propio desconocer; menos avanza en la senda de la cultura; menos puede disponer de sí propio; más obligado se halla al *querer* de los demás y al *no poder* de sus débiles fuerzas, de su propia insignificancia.

Este censurable modo de pensar, imperfecto de obrar é indigno de sentir del hombre, lo vemos y tocamos en todas las clases de la sociedad, pues la soberbia ocupa el elevado trono del poder, y desde allí todo lo gobierna y lo dirige con sus dedos invisibles, pero acerados; y la

ignorancia también rige los sociales destinos y comparte con la soberbia el poder de los pueblos indoctos.

Nada se explica y todo se entiende. Nada se esboza y todo se explica. Nada se comienza y todo se termina. Y estas afirmaciones que apuntadas de jo, parecerán á muchos absurdos y contradicciones espantosas, pero son, en realidad, verdades inconcusas y axiomas incontrovertibles.

Nada se interpreta con recto sentido, por que la social masa, en su mayoría, no tiene más que ilustración muy superficial, y juzga acciones inmorales lo que son actos honrosísimos, y procederes indecorosos, lo que en el fondo son actos hermosos y dignos de la más ferviente loa.

Los hombres, en sí, no son malos. La condición humana de *inter-nis* es siempre noble. Los hombres malos, en la inmensa mayoría, son malos porque malos los hizo la sociedad.

El hombre honrado, prudente, digno por todos conceptos á la más grande de las consideraciones y al más extremado de los respetos, si un día y otro es humillado y escarnecido, si no recibe de sus semejantes más que desafectos y vejámenes, hora llega en que sacude su melena como el leon cuando vence á la soporífera calentura, y salta los más enthiestos valladares, como torrente impetuoso, y como coreel desbocado trunca, vuelca, derriba y arrolla cuanto encuentra á su paso, sin reparar en nada, y sin atender á las consecuencias que puedan traerle

este anormal y febril estado.

Y este hombre, prudente á prueba de humillaciones, y este hombre honrado á prueba de disgustos, si venga un ultraje que se le hizo como vengarse debe todo ultraje, la sociedad sin entrañas, que á él lo empujó violentamente, sobre su cabeza dejará caer el peso de las leyes y á su frente pondrá el infamante *inri* de asesino.

Si la desconsideración lleva al desconsiderado á tratar de conseguir la reivindicación de su nombre, tirado por el suelo, la mayoría azuza, impele, arrastra al que tal intentare á que no ceje, á que medite... y después moteja al que empujó, infama al que alentó y descalifica é insulta al que, sin cuartel, aconsejara que *el honor es ante todo*.

¡El honor! Mito fabuloso; frase huera de todo sentido. Cada cual tiene colocado en su cuerpo al honor, en el sitio que le place, y cada uno le damos á esta dignidad humana los grados y el valor que, en nuestro modo de entender, le corresponden.

Hoy, á la prudencia se le llama cobardía; al respeto miedo insuperable, á la consideración, vileza; á la honradez, tontería; al trabajo engaño manifiesto; á la virtud comedia mal urdida, y á las demás buenas condiciones humanas... modos de ser ilícitos.

A mí me educaron rectas conciencias y sanos y honrados corazones, que grabaron en el mío, con indelebles caracteres, el respeto á todo y la prudencia más exagerada.

Yo, hasta hoy, fui atento, considerado, respetuoso, con todo el mundo; pero en vista de que en donde sembré flores recogí abrojos punzantes y cortadores gijos; en vista de que mis atenciones se extimaron como actos de indecorosa esclavitud, creo, y conmigo todos los que estén en caso igual, que debo sacudir la melena, como el leon que vence su soporífera calentura; y lo mismo que impetuoso torrente, arrollar cuanto trate de violentarme, caiga quien caiga y pese á quien pese.

A cada cual se respeta en los grados que se hace de respetar.

Convencido como estoy de éllo,

año nuevo vida nueva, y el hombre de ayer ha desaparecido para brotar el hombre de hoy tal y como lo *reclama* y lo *exige* la indocta, la estulta, la necia, la estúpida sociedad actual.

La responsabilidad será siempre de los que arrastraron, de los que humillaron, de los que escarnecieron.

R. M.^a CAPDEVILA.

Boda deshecha

I

Cae la tarde. La marquesa de Valplata está en su gabinete medio tumbada sobre una butaca larga y apoyando la cabeza contra un montoncillo de pequeños cogines de raso. Desde la habitación, que pertenece á un piso bajo, se ve un trozo de plaza ajardinada con céspedes húmedos, paseos estrechos, la arena convertida en barro seco por el tránsito y las escarchas, la casilla del guarda con una hoguera ante la puerta y varios arbustos esnetos de cuyas ramas cuelga todavía alguna hoja seca que no han logrado arrebatarse los vientos.

La marquesa, fija la vista en la vidriera del balcón, mira pasar indiferente las gentes que cruzan por la plaza. Su figura inmóvil, como inanimada, se dibuja encima de la butaca destacando los ropajes blancos sobre el raso negro del mueble. Tiene una mano escondida entre los rizos despeinados y negros, caída la otra á lo largo del cuerpo, sosteniendo un abanico japonés con que momentos antes evitaba el resplandor molesto de las llamas de la chimenea, y por su falda vueltas las páginas contra la tela, va resbalando hacia el suelo una novela francesa que ya ha dejado de leer por faltarle la luz.

La claridad del día mengua poco á poco; los rincones del gabinete son los primeros que se hunden en la sombra. Ya han desaparecido el mueblecito, maqueado cubierto de porcelanas y juguetes, el piano abierto, con una tanda de balsos sobre el atril y los cuadros que cuelgan del muro y en cuyos cristales brillan reflejadas las llamas de la chimenea. La dama no separa los ojos del balcón; cada minuto pasan menos gentes, todas van de prisa como empujadas por el frio y al cruzar ante los vidrios sus sombras parecen deslizarse rápidamente por el techo del gabinete. De pronto el aire transparente y diáfano empieza á jaspasearse

